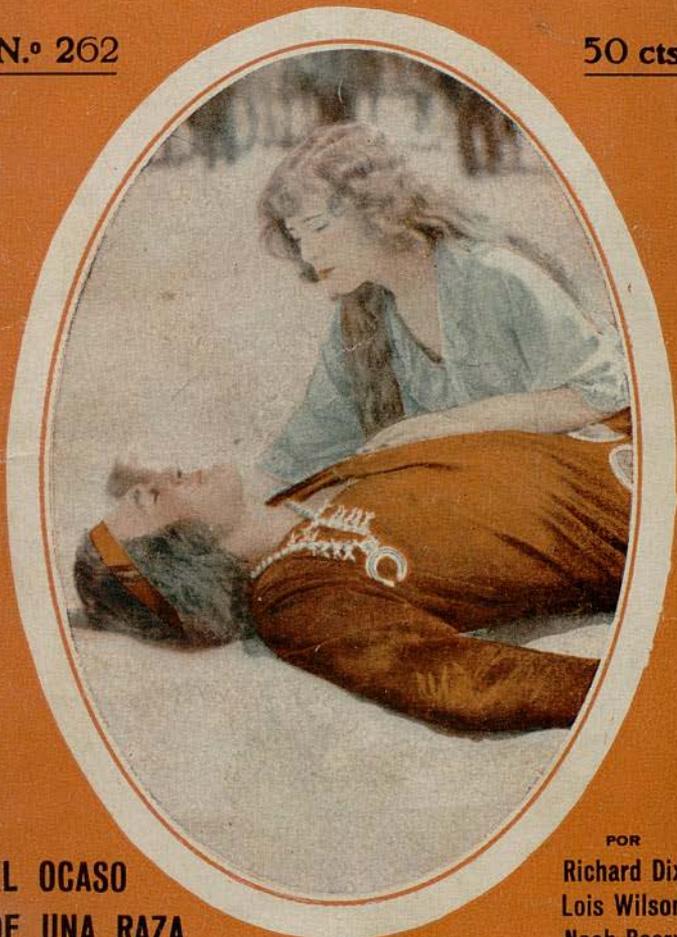




LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 262

50 cts.



EL OCASO
DE UNA RAZA

POR
Richard Dix
Lois Wilson
Noah Beery

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya



SEITZ, George B.

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción | Vía Layetana, 12
Administración | Teléfono, 4423 A

Año VI BARCELONA N.º 262

The Vanishing American, 1926

EL OCASO DE UNA RAZA

Superproducción de vigoroso asunto, maravillosamente presentada, y cuyos intérpretes forman el notable reparto siguiente:

Richard Dix, en el rôle de Nophaie «El Guerrero»
Lois Wilson, » » Mariana Warner
Noah Beery, » » Booker
Malcolm Mac Gregor, » Earl Ramsdell
etc.



Es una Película PARAMOUNT

Exclusiva de

SELECCINE, S. A.

Con esta novela se regala la postal-fotografía de

PERCY MARMONT

En Italia "Stirpe eroica"

Film Lexion / Dix, 326



EL OCASO DE UNA RAZA

Argumento de la película

Poseemos pruebas irrefutables de que el pasado ha sido una lucha constante en que el débil ha sido devorado por el fuerte... La supervivencia de los más idóneos.

Heriberto Spencer
(Primeros orígenes)

En un estado del occidente norteamericano, lejos de los lugares frecuentados por el hombre moderno, se extiende un hermoso valle de monumentos graníticos.

Paso natural entre el norte y el sur, ha sido desde los tiempos más remotos de la existencia humana, el inmenso corredor por

Prohibida la reproducción.

Revisado
por la censura gubernativa.

el cual raza tras raza se ha abierto camino de las tinieblas a la oscuridad.

En época pretérita y lejana, sus rocas tremolaron al ruido del combate, o devolvieron al valle el eco de los cantos de paz de un pueblo feliz... Mas de pronto, el silencio lo envolvió todo, pues las generaciones surgen y desaparecen, pero el gigantesco escenario permanece intacto.

En la marcha de las edades, desde el Principio de Todo, ¿cuántas razas se habrán deslizado por entre las sombras de estos monumentos naturales?

Los más tempranos vestigios de vida humana en el occidente norteamericano se remontan a una raza casi desconocida clasificada con el vago nombre de los "cesteros".

A ésta sigue otra raza primitiva de la cual poseemos noticias exactas: los "moradores de los riscos".

En la raza llamada de "slabhouses" comienza a manifestarse de una manera definida el espíritu de la tribu.

Mog, el artífice en turquesas, dormía por cualquier motivo... o sin motivo alguno, y de él copiaba, por decirlo así, casi todo el resto de la tribu.

Roya, el Alto Sacerdote, se dió cuenta de que su gente se había acostumbrado a la ociosidad y a la molicie en la seguridad de

sus moradas colgadas en los riscos, y pretendía poner coto a tan intolerable manera de vivir.

Pero era inútil cuanto hiciera el Alto Sacerdote, pues los largos años de paz habían amortiguado el espíritu religioso del pueblo, y sucedía que sus sacerdotes más le divertían que lo atemorizaban.

Y así, en la más completa despreocupación y durmiendo lo más posible se deslizaba la vida... Los días transcurrían, sin duda alguna, felices y muelles en la sombra que proyectaban los riscos, y de esta manera una raza marchaba soñolienta hacia su fin predestinado...

Y he aquí que del norte descendieron unas gentes más juveniles, audaces y vigorosas, arrojadas de sus primitivos lares por el hambre y el deseo de conquista.

Esta fué la primera raza que conocimos con el nombre genérico de "indios", procedente de lugares ignorados, sedienta de conquista.

Nophaie, "El Guerrero", era el jefe hereditario de los invasores. En sus ojos se reflejaba su temperamento impulsivo y audaz que lo llevaba a la realización de cualquier empresa, por temeraria que fuera.

Los invasores avanzaron hacia las viviendas naturales de los indolentes "slabhouses",

y pronto se entablaría reñida batalla entre los dos bandos.

Mog, el artífice en turquesas, tuvo la mala ocurrencia de escoger aquel día para ir al campo en busca de piedras preciosas, pues, como quedó dormido, los invasores se dieron el gusto de clavarlo para siempre en el suelo, como simple aviso de lo que iban a hacer con todos los de su tribu.

Un muchacho que había acompañado a Mog al campo pudo huir al ver a los invasores, y llevando la alarma a los riscos, los moradores de éstos aprestáronse a defenderse con denuedo.

El asalto a las viviendas naturales era peligroso en verdad; mas los invasores, aun cuando sacrificaron a muchos de los suyos, lograron escalar los riscos y pronto no quedó ninguno de sus moradores para contar la epopeya.

El Alto Sacerdote parecía inmunizado del peligro de muerte, mas al fin también la halló, a pesar de sus invocaciones a los dioses.

Pero, antes de morir, ciego de ira, maldijo a sus enemigos:

—¡Que Paya, el Altísimo, os arroje en las tinieblas como vosotros nos arrojáis a nosotros! ¡Que Paya mande contra vosotros una raza que os haga polvo y os desparrame por los cuatro Mundos de Lamentación!

Los conquistadores se rieron de las palabras del fanático, y permanecieron durante muchos siglos en aquellas tierras.

Sus incursiones a las tierras vecinas eran frecuentes. Su número creció considerablemente, y se imaginaban que no podía existir en el mundo otra raza que los igualase.

—Nuestro pueblo es como la arena del desierto. Somos superiores a cualquier otro pueblo de la tierra — decían los Grandes Jefes, persuadidos de ello.

Sin embargo, había algo que los inquietaba... Cada nuevo correo que llegaba traía nuevas noticias. Indudablemente, los extranjeros eran dioses, mas su poder, según se creía, no procedía de ellos mismos sino de los monstruos que ellos montaban, los cuales respiraban fuego. (Conviene saber que los indios no conocieron el caballo — que era el monstruo a que ellos se referían — hasta que llegó el hombre blanco a América.)

Y he aquí lo que dijo el viejo “Jefe de la Guerra”:

—Si conseguimos capturar uno de estos monstruos, produciremos magia tan fuerte como la suya. ¿Quién de nuestros jóvenes arriesgará su vida para montar el monstruo blanco cuyo aliento es fuego?

En cada generación había un Nophaie, “El

Guerrero", que se atrevía a hacer lo que ningún otro osaba intentar.

Nophaie aceptó, pues, la misión de montar el monstruo, y, tan pronto él lo hiciera, los indios armados — en legión — atacarían a los extranjeros que andaban cerca.

Los extranjeros eran el capitán López de Cárdenas con doce bravos compañeros de la Nueva España, mandados por Coronado, acampado a la sazón algunos cientos de millas más al sur.

El guía de los extranjeros era un indio de la Nueva España a quien llamaban "El Turco".

Los ojos de aquellos bravos fueron los primeros ojos europeos que contemplaron las maravillas del Gran Cañón de Arizona — 10 de Octubre de 1540 —, setenta y cinco años antes de que los ingleses estableciesen las primeras colonias en Nueva Inglaterra.

Uno de los soldados, contemplando el famoso panorama, dijo a los otros:

—Os digo que llega hasta las mismas entrañas de la tierra... ¡Es la mismísima puerta del infierno!

El sacerdote que acompañaba a los bravos, exclamó, persignándose:

—Mejor dirás la obra más gloriosa del Creador... ¡Alabado sea Dios!

Al caer de la tarde, los españoles se en-

contraban a sus anchas en el campamento, y celebraban el natalicio de Su Católica Majestad Carlos V, vaciando un casco de vino traído por mar y tierra desde Sevilla.

Los indios aparecieron bruscamente ante los españoles, descendiendo por los montes, dispuestos a exterminarlos en cuanto Nophaie hubiese conseguido su propósito de montar el monstruo de aliento de fuego.

Los españoles divisaron a los indios, y preocupados por la actitud de los mismos, se prepararon para defenderse en caso de ataque.

El guía de los españoles, que había seguido atentamente los movimientos de los indios, dijo a aquéllos:

—En su canto de guerra dicen que nos matarán a todos en cuanto se hayan apoderado del monstruo blanco.

Nophaie logró al poco montar uno de los caballos de los españoles, y huyó en su grupa para dar la señal a los suyos de arrojar a los blancos.

Era preciso obrar rápidamente para salvarse, pues los indios eran tan numerosos como vengativos; y, la Fortuna, quiso favorecer a los españoles, logrando uno de éstos derribar a Nophaie de su cabalgadura cuando se disponía a trasponer la colina.

Al ver caer a su mejor guerrero, los indios, espantados, depusieron su actitud hos-

til, y rindiendo armas, fueron acercándose, inclinándose humildemente, a los blancos; y dijo el viejo "Jefe de la Guerra":

—Este es el fin... Estos hombres son dioses... Obran con el rayo...

Así comenzó la conquista del indio, pero no fué hasta trescientos años después que se escribió el último capítulo.



Los indios lucharon contra los españoles durante tres siglos; desafiaron a todo el ejército de los Estados Unidos durante veinte años, mas al fin Kid Carson, un verdadero señor de la llanura, llegó al país con el objeto de apaciguar a los indios para siempre.

Por aquel entonces los indios se estaban sublevando por todas partes y trataban de sitiar a los blancos.

Los indios conocían a Kid Carson y le tenían mucha confianza. Valiéndose de esto, Carson pretendía atemorizarlos con un despliegue de fuerza con el fin de evitar efusión de sangre.

Sin embargo, los buenos propósitos de Carson fracasaron, ya que los indios, aquella vez, no estaban dispuestos a ceder un palmo de terreno y avanzaban con ansias de muerte hacia sus enemigos.

Las baterías estaban colocadas en puntos estratégicos y preparadas para disparar sus poderosas cargas sobre lo indígenas, y viendo que no había modo de hacer entrar en razón a lo rebeldes, dijo Carson, afligido:

—Los indios son mis amigos, pero el deber me obliga a exterminarlos. Es terrible que no haya otro medio...

Y las bocas de los cañones vomitaron su hiel, sembrando el suelo de cadáveres.

Con toda la fuerza a su mando, Carson acosó a los indios sin darles tregua ni cuartel, hasta que, en enero de 1864, los jefes de tribu consintieron en entrar en negociaciones para hacer la paz.

Carson y su estado mayor se entrevistaron con los jefes indígenas, y aquél les habló del siguiente modo:

—Amigos míos, algunos de vosotros hace cuarenta años que me conocéis; he vivido entre vosotros; he sido vuestro amigo, y ahora os pido que me creáis en lo que voy a decir. Mirad... Es tanta locura que os opongáis contra el Gobierno, como aquel chivo pretender derribar el árbol en que está atado, a cabezadas... Además, quiero que sepáis que el Gran Padre de Wáshington ha prometido que os dejara vivir en estas gargantas y en estas tierras que tanto amáis, para siempre... ¡Ved! El acantilado mismo es la verdadera imagen

de vuestra raza... Nosotros haremos lo posible para que viváis como vive el hombre blanco. Os enseñaremos a cultivar vuestros campos, a fin de que convirtáis el desierto en verdes prados. Esto es lo que os prometo.

El viejo "Jefe de la Guerra", que había escuchado religiosamente a Carson, dijo a su gente:

—Padre Kid Carson no habla palabras dobles... Lo que él dice verdad es... Hagamos las paces con él, pues es nuestro amigo.

Y la paz fué un hecho que llenó de alegría muchos corazones.

Pero tres años después la muerte selló los labios de Carson para siempre, y con él murieron sus promesas... Para los que le sucedieron, los indios no eran más que un producto inútil del suelo al que era necesario destruir como la mala hierba.

En los comienzos del siglo XX, los indios se encontraban acorralados en una extensión de tierra árida, a la cual, por cortesía, se llamo "Reservación". Los escasos terrenos fértiles no bastaban a cubrir las necesidades de los indígenas durante el invierno.

La situación se hacía cada vez peor.

Los niños de la tribu, por no ser menos que los mayores, cuidaban los rebaños de corderos y cabras.

El trabajo era duro y el provecho ínfimo.

A la sombra de los árboles milenarios y con los arroyos de límpidas aguas murmurando a su alrededor, el hombre blanco se posesionó del antiguo pueblo indio de La Mesa, en donde el agente del Gobierno tenía su oficina principal.

Amos Halliday, el agente, era un esclavo de la "eficencia". Para él esta palabra significaba toneladas de papel de expedientes, registros, archivos y otras zarandajas burocráticas.

Mientras Halliday estaba metido entre sus archivos, Enrique Booker se constituía en verdadero jefe de los negocios de la Reservación india, cuando no era más que un empleado a las órdenes del agente.

Los indios odiaban a Booker, por su trato brutal, y aunque el poco escrupuloso empleado lo sabía, no variaba en nada su conducta. Así, por ejemplo, cuando encontraba a un indígena sentado en el peldaño de la puerta de la Oficina, lo apartaba a patadas, prodigándole denuestos de la peor grosería.

Aquella mañana, al reaparecer Booker en la Oficina, halló a Halliday contemplando un nuevo mueble archivo que acababa de recibir.

—¡Hola, Booker! Fijese en esta obra de arte. Anuncian que estos cajones son tan fuertes que pueden resistir perfectamente el peso de un hombre... ¿Qué le parece?

—¡Muy bien!
—¿Ve usted? Con este mueble puedo ya empezar mi nuevo sistema de clasificación.



Los indios odiaban a Booker, por su trato brutal...

He aquí las tarjetas... Un color para cada categoría...

—¡Ah, ah!... Tarjetas encarnadas, blancas y azules... ¡Muy bonito!... ¡Muy bonito!

¡Señor Halliday, ha tenido usted una excelente idea!

El agente, henchido de satisfacción, no comprendió la doblez de los elogios de su subalterno, otorgándole, por el contrario, mayor confianza cada día.

Pocas veces los blancos se atrevían a visitar las arideces de la Reservación, y cuando lo hacían, los indios tenían motivos suficientes para lamentarse de ello.

Dos sujetos siempre al acecho del bien ajeno, vieron a dos muchachos guardando sus rebaños, y extasiáronse ante el caballo de uno de ellos.

—Ese caballo es nuestro — se dijeron los ladrones.

Y sin pensarlo dos veces, los granujas alcanzaron el cuadrúpedo en cuestión, llevándose el animal sin oír las súplicas del muchacho.

A pesar de sus pocos años, Nasja, que era el tal muchacho indio, sabía que al blanco era preciso satisfacerlo en todo, y que el indio no tenía más remedio que obedecer, callar y resignarse.

Tuvo que conformarse, pues, el pobre niño, y ya daba por perdido para siempre su caballo sin levantar la voz en señal de protesta, cuando al grupo de los que presenciaron su dolor después de serle robado su hermoso animal, unióse un apuesto hermano de raza.

Este era Nophaie, "El Guerrero", pues aunque el grito de guerra ya no se escuchaba en la llanura, todavía existía un indio que llevaba aquel nombre y ocupaba el primer lugar en el corazón de su pueblo.

Nophaie hízose explicar por Nasja lo sucedido, e indignóse.

—Sí, Nophaie — lamentóse el muchacho — ...Los dos hombres blancos me patearon después de robarme el caballo.

—¡Valor, Nasja! Vamos a ir a La Mesa a ver al agente, que es nuestro "hermano mayor". Así dijo la "Rosa Blanca del Desierto", y sus labios hablan siempre la verdad... Vamos.

Nasja miró con gratitud a Nophaie y dejóse apresiar por éste, que lo montó en su caballo.

Cerca de los campos cultivados aparecieron de repente otros hombres blancos, quienes exigieron que los indios les llevaran todos los caballos que tenían.

Uno de los expoliadores de los indios ordenó a otro:

—Agarra todo lo que te parezca bueno... Los pencos los echas de lado... Pero es preciso apurarse antes de que los indios se den cuenta de lo que pasa.

Aquellos hombres cumplían instrucciones secretas de Booker, a quien sólo le interesaba

llenar su bolso de oro abusando de los infelices indígenas.

Uno de los indios que quedaron sin caballos, protestó, en un arranque de ira, contra tamaño atropello.

—¿Por qué os lleváis nuestros caballos?

El que dirigía la operación de incautación de cuadrúpedos contestóle, quitándose de delante con los peores modos:

—¡Anda, vete!... Si te lo dijese no me entenderías... Si no te gusta, vete a decírselo a Booker...

En tanto, Nophaie llegaba con Nasja a la Oficina del Gobierno, y presentóse ante Halliday.

—¿Qué quieres de mí, Nophaie? — preguntóle el agente.

—Dos hombres blancos se llevaron el caballo de este muchacho... Mande alguien a detenerlos antes de que crucen el río.

—Vete a hablar con Booker. El se encarga de despachar todas las quejas.

Nophaie levantó más la voz y contestó:

—Booker no es amigo de los indios.

Halliday, sorprendido, repuso:

—¿Cómo te atreves a venir aquí a hablar mal del señor Booker? ¡Te digo que vayas a ver a Booker! ¡Aquí tiene que haber método... "eficiencia"!

Nerviosamente, el agente tocó un timbre

y apareció al momento su secretaria, cuaderno y lápiz en ristre para tomar apuntes taquígraficos.

Al ver a la empleada, Halliday, examinando los botones eléctricos que tenía encima de su mesa, dijo:

—Me he equivocado de botón, pero esto no quiere decir que los timbres no sean “eficientes”... Quería llamar a Booker.

—El señor Booker no está, señor Halliday — respondió la secretaria.

Entonces el señor Halliday dijo a Nophaie:

—Booker no está en la oficina... Tendrás que esperarlo... o ir a ver si le encuentras.

Nophaie buscaría a Booker, sí, y lo buscaría sin demora, para que el muchacho recuperase el caballo; y buscándole sus pasos le llevaron hacia la escuela india, un tanto apartada de la población y regentada por Mariana Warner, que gozaba de la confianza y simpatía de los indígenas.

El mejor amigo de Mariana era Bart Wilson, un viejo perito agrícola del Gobierno, que había visto entrar y salir a multitud de agentes.

Wilson, yendo a su obligación, detúvose a saludar a Mariana, y lo propio hizo al poco rato Booker, que miraba con ojos conquistadores a la linda joven, como también a una

bella indígena, Gekin Yashi, de la que, muy a pesar suyo, no se atrevía a abusar por temor a su novio, el enérgico Tolie, que no le miraba con buenos ojos en ningún terreno.

Booker, al ver a Wilson hablando con la



—Booker no está en la oficina... Tendrás que esperarlo... o ir a ver si le encuentras.

joven, para la cual era desagradable en extremo la constancia en visitarla de aquél, quiso darse tono ante ella y dijo al perito:

—¿Qué hace usted aquí parado?

Wilson, que no hacía buenas migas con el despótico empleado que mandaba más que el

mismo agente, quitóle sin contemplaciones el cigarro que mascaban sus dientes de hiena.



...regentada por Mariana Warner, que gozaba de la confianza y simpatía de los indígenas.

para encender el suyo, y contestóle en el mismo tono:

—¿Y usted?

Luego devolióle el cigarro, y se alejó, sin que Booker pronunciase la menor palabra.



...como también a una bella indígena, Gekin Yashi, de la que, muy a pesar suyo, no se atrevía a abusar...

Mariana sonrió para sus adentros, y al quedar sola con Booker disimuló su disgusto. El perverso empleado, exageradamente ga-

lante, aspiraba a que Mariana se diese por aludida y aceptase su amor; pero la maestra esquivaba siempre una conversación seria sobre tal punto.



...quítóle sin contemplaciones el cigarro que mascaban sus dientes de hiena...

El menor roce de las manos de Booker con sus ropas exasperaba a Mariana, y Nophaie, que vió como ella se apartaba del peligroso sujeto, no se detuvo, como lo mandaba la discreción, al llegar al terreno de la escuela, y presentóse resueltamente ante ellos.

Como la mayoría de los indios, también Nophaie había aprendido a amar y a confiar en Mariana, a quien había puesto el poético nombre indio de "Benow de Cleash", que equivale a "Blanca Rosa del Desierto".

¡Ay de quien osare hacer el menor daño a Mariana!

Booker, al ver a Nophaie, ocultó una mueca de cólera.

—Vengo a hablarte, Booker — le dijo Nophaie mirándole fijamente.

—Si te trae a mí algún negocio, tienes que ir a la agencia... y no aquí.

—De la agencia me mandaron aquí, y vamos a hablar aquí mismo. Se trata del caballo de Nasja, que le ha sido robado por dos hombres blancos. Ese muchacho debe recuperar su caballo, y a ti es a quien corresponde dar con los ladrones.

Mariana miraba alternativamente a Nophaie y a Booker. Este, para dar una solución al asunto, enojoso porque en él tomaba parte Nophaie, dijo con naturalidad:

—Los inspectores del ganado examinaron algunos caballos de la tribu y hallaron que el del muchacho estaba enfermo. Es todo lo que ha pasado.

—¡El caballo de Nasja no está enfermo! — gritó Nophaie, retador.

—¡Ya lo creo que lo está! Los veterina-

ríos no se equivocan tan fácilmente. El Gobierno pagará veinticinco dólares al muchacho.

Nophaie no creía a Booker, pero sin pruebas para echarle en cara su mentira, hubo de callar.

Entonces Booker, dirigiéndose sonriente a Mariana, le dijo:

—¿Ve usted, señorita? Hacemos esto por el mismo bien de los indios... Si no matásemos los caballos enfermos, los sanos se contagiarian.

Mariana no contestó nada, pues sabía que Nophaie era defensor de causas justas, y limitóse a saludar con leve inclinación de cabeza a Booker al marcharse éste después de su falsa explicación.

Nophaie crispó las manos y sus ojos seguían a Booker, el tirano de los suyos, el hombre malo, como todos le llamaban.

Mariana procuró calmar a Nophaie.

—No te impacientes — le dijo cariñosamente—. Es posible que sea como Booker dice... aunque no le tengo mucha confianza.

—Dime, Blanca Rosa del Desierto, ¿qué motivos tienes para no confiar en Booker?

—Ninguno... ninguno...

—Te vi apartarte de él temblorosa, como intenta huir el gamo del león de la montaña cuando se desliza arteramente por el bosque umbroso.

—¡No! ¡No! ¡Nophaie, tú estás equivocado!

Mariana temía que Nophaie cometiese cualquier locura creyendo que Booker la molestaba con sus rechazadas pretensiones amorosas, y negaba que temiese al miserable.

Nophaie, adorando silenciosamente a la dulce maestra, serenóse y añadió solemne y sincero:

—Blanca Rosa del Desierto, si algún día me necesitas, llámame. No importa que esté lejos, en el prado con los caballos, llámame con un grito de peligro, y yo vendré.



Los malhechores a las órdenes de Booker dieron cuenta a éste de las ganancias realizadas aquel día.

—Hemos juntado cien cabezas que valían la pena.. Glendon y Naylor, nuestros dos mejores asesores, vadearán el río al amanecer... Por supuesto, hemos matado unos cincuenta caballos más por pura fanfarronada.

—Bien está. Así esos necios creerán que sus caballos estaban enfermos. Os felicito, pues. Y, decidme... ¿qué representan, en metálico, esos cien caballos?

—De noventa a cien dólares por cabeza, puestos en la estación del ferrocarril.

—No está mal, pero habrá que esconderse por unos días, pues por la Reservación anda un indio, una especie de cacique, llamado No-



—Blanca Rosa del Desierto, si algún día me necesitas, llámame.

phaie, más listo que una liebre cuando huele un galgo.

—Si hay alguien que estorba...

—Ya hablaremos. Ahora, prudencia.

... ..
Las señoritas blancas de La Mesa visitaban a la maestra todas las noches; y la secretaria de la Oficina del Gobierno, señorita Prewitt, no comprendía como Mariana permitía que también la visitase un indio: Nophaie. No había duda que no había ningún mal en ello, pero...

Nophaie, que amaba en lo más hondo de su alma a Mariana, iba todas las noches a su casita, vestido con sus mejores galas, para instruirse.

Por aquellos días los periódicos hablaban de ciertos asuntos que alejaron de la mente de la señorita Prewitt sus mezquinos prejuicios, dejando en paz a Nophaie con su maestra.

El "New York Times" últimamente recibido en La Mesa publicaba el siguiente suelto:

El Trasatlántico "Lusitania" es torpedeado por un submarino alemán en la costa de Irlanda y se hunde en menos de quince minutos. El número de víctimas pasa de mil, entre ellas muchos americanos prominentes. Se temen serias complicaciones internacionales.

—Me parece que vamos a ir a la guerra —comentó la lectora, dirigiéndose a otra señorita.

—¿De veras?

—Es fatal. Las cosas se ponen muy feas.

Mientras, Mariana, con su alumno, vivía lejos de la realidad del mundo. Pero, aquella noche, hasta ella llegó la noticia de la inminente entrada de los Estados Unidos en la contienda sin par, y habló de ello un poco con Nophaie.

El noble joven encogióse de hombros y repuso:

—Para mí, es mucho más interesante este libro donde está escrita la palabra de Dios, que todas las noticias de guerra y reyes. Mas en él hay cosas que me intrigan. ¿Qué significa esto?

Mariana leyó en la Biblia, que lo era el libro a que se refería Nophaie, lo siguiente:

El que encuentre su vida la perderá; mas aquel que la pierda por mí volverá a llamarla.

El que te reciba a ti me recibirá a mí, y el que me reciba a mí recibirá a Aquel que me envió.

—No sé si te lo sabré explicar — dijole la maestra buscando el medio de inculcar en Nophaie el significado de las magníficas palabras divinas.

—No sé — añadió Nophaie, disculpándose — si algo mal es hablar demasiado de tu

Dios... Nosotros los indios acostumbramos hablar muy poco de nuestros dioses... No hacemos como vosotros.

—Está perfectamente bien, Nophaie... Voy a contarte una historia que te ayudará a comprender... Una vez, en una ciudad lejana llamada Belén...

La aparición de Booker en la casita de la maestra interrumpió la lección de doctrina cristiana.

La señorita Prewitt, al ver a su jefe, le indicó que la maestra estaba en la habitación inmediata, con Nophaie, y, fiel a su grosería, el empleado del Gobierno presentóse ante ellos, pisando intencionadamente la mano del indio, que estaba sentado, sobre unos cojines, en tierra.

—Señorita Warner, he venido a verla para hablarle de un asunto de la escuela.

Nophaie recogió sus libros y partió de la casa, quedando en volver al día siguiente. Pero no se alejó de sus alrededores, espiando la salida de Booker, no para causarle el menor daño, sino para persuadirse de que el villano no se lo había causado a Mariana.

La maestra se prestó a escuchar a Booker, pero no en la habitación en que hasta aquel momento había estado sola con Nophaie, sino en la en que se hallaban la señorita Prewitt y otra señorita.

Booker quería estar solo con la maestra, y como le había salido el tiro por la culata, tuvo que buscar un pretexto que justificase delante de las dos otras señoritas su visita a Mariana.

—¡Vaya! ¡Vaya! ¿Cuántos alumnos tiene en su clase la señorita maestra?

Mariana, que no dejó de comprender a que había ido a verla Booker, respondióle secamente:

—Las listas están en la escuela... a la disposición de usted siempre que guste verlas.

Corrido y confuso, Booker, que no halló más palabras para seguir en compañía de la maestra, despidióse de ella y de las otras señoritas y salió precipitadamente a la calle... desapareciendo de su escondite Nophaie al ver como su enemigo regresaba a la población.

Al día siguiente al terminar la clase, Booker se hallaba junto a la escuela y oyó las palabras que la maestra hacía repetir en voz alta a los alumnos con solemnidad:

—Prometo fidelidad a mi bandera... y a la República que ella representa... una nación indivisible... con libertad y justicia para todos.

Al poco los alumnos salieron de la escuela y Booker, que había estado componiéndose su antipático rostro para aparecer lo más agra-

dable posible ante Mariana, fué arrollado por la ola de los niños en libertad, y su traje se cubrió de polvo.

El primer ademán del bruto fué castigar a los muchachos que cayesen en sus manos, pero el pensar en que Mariana lo podía ver, le hizo desistir de su instinto vengativo.

Mariana no esperaba la visita de Booker, pues no se acordaba ya de lo que le preguntara la víspera, y por ello al verle entrar en la clase se sorprendió sobremanera.

—Señorita, hace usted verdaderas maravillas con estos chiquillos... Si viera cuanto me gusta venir aquí y "mezclarme" con ellos... — le dijo sonriente.

Al entrar, Booker había besado a un chiquillo que se rezagara, para demostrar, con un beso de Judas, que amaba a los niños.

Pero Mariana le conocía ya y tomó toda clase de precauciones para detenerle cuando creyese que trataba de extralimitarse en sus funciones de simple empleado del Gobierno.

La maestra entregó a Booker las listas de los alumnos que él le pidiera, y haciendo ademán de ir a salir, le despedía.

Booker, entonces, abusando de su soledad con Mariana, la piropeó y acompañó sus piropos con gestos atrevidos.

—Señorita Warner, es usted una joven admirable, y yo...

Mariana no tuvo tiempo de ponerse en guardia, pues Booker la apresó en seguida entre sus brazos con el inícuo propósito de besarla.

La indefensa joven gritó, y a sus gritos, pues andaba cerca, acudió Nophaie, quien, al sorprender la infamia de Booker, se abalanzó sobre él dispuesto a todo.

Mal lo hubiera pasado Booker si hubiese peleado solo con Nophaie; pero los secuaces del indigno empleado del Gobierno, que también estaban al acecho, precipitáronse a ayudar a su jefe, cayendo todos sobre Nophaie, que se debatía como un león.

Ante el grave peligro que corría la reputación de Mariana, y para desenmascarar a Booker, Nophaie gritó, al empezar la ruda lucha, a la maestra:

—¡Señorita, vaya corriendo a avisar a Halliday!

Mariana partió, sin que nadie pudiera impedirlo, y la batalla de los blancos, cobardes, con el indio valeroso, continuó en la escuela, recibiendo mucho Nophaie y no recibiendo menos los blancos.

El más cobarde de todos era Booker, al que de buena gana hubiera hecho polvo el noble indio.

La suerte de éste era cada vez más negra. Sólo la fuga podría salvarle de morir, y de-

cidido a huir, centuplicó, por un momento, sus fuerzas, y derribando a sus enemigos logró alcanzar la salida, montando, fuera, en un caballo, en el que huyó con la velocidad del viento.



El más cobarde de todos era Booker, al que de buena gana hubiera hecho polvo el noble indio.

—¡Mátalo de un tiro! ¡Si consigue vencer con sus cuentos a Halliday nos fastidia! — gritó Booker a su segundo.

Pero Nophaie se salvó de los disparos.

**

Cuando Booker y sus cómplices se disponían a salir de la escuela, llegaron a ésta Halliday, Wilson, y, entre otros, la señorita Prewitt.

—¿Qué hace usted aquí, Booker? — preguntó, severamente, Halliday a su empleado.

Con cinismo insuperable, Booker contestó:

—Vine aquí a un asunto y sorprendí a la señorita Warner con el indio... Intervine... y el indio me atacó.

—¿Qué dice este hombre? — protestó, indignada, Mariana.

—¿Qué calumnia es esta? — dijo Halliday.

—¡Pregúnteselo a estos!... Todos lo vieron... — replicó Booker señalando a sus cómplices, quienes afirmaron "haberlo visto todo".

Wilson, el buen amigo de Mariana, miró de hito en hito a Booker y le dijo, amenazador:

—Te conozco, Booker... A tu lado, una serpiente de cascabel es un perrito faldero.

Entonces el segundo del culpable habló.

—Yo pienso como Booker — dijo—. Me repugna manchar la reputación de una mujer, pero esta es la verdad, señor Halliday.

El agente, preocupadísimo, comentó:

—¿Qué tiene que hacer un hombre en un caso como este? ¡Esto es terrible, terrible! Booker, trate de encontrarme ese indio y tráigamelo.

—Le buscaré, señor Halliday... y ya verá usted quién tiene la razón en este asunto.

Mariana, roja como una amapola, de indignación y vergüenza, buscaba la protección de miradas amigas, pero no encontró más que la bondad de Wilson, pues lo mismo Halliday que los otros, estaban desconcertados; y en cuanto a la prejuiciosa señorita Prewitt, baste decir que se puso de parte de Booker... porque Booker, a pesar de sus maneras bruscas, le interesaba mucho...

Convenía a todo trance encontrar a Nophaie, pensaban los amigos de Mariana, para poner en claro las cosas, pero Booker procuraría que el indio no regresase jamás a La Mesa... pues ello favorecería su plan infame...

La aparente falta que había manchado la reputación de Mariana había sumido a ésta en profundo desconsuelo, tanto más cuanto que no sabía nada de Nophaie y temía que la gente de Booker le hubiese dado muerte al encontrarle.

Mas he aquí que el compañero de Nasja, el que estaba con el simpático muchacho protegido con toda su alma por Nophaie cuando

le robaron el caballo, trajo a Mariana, en medio de su dolor, una gran alegría.

—Me manda a usted mi amigo Nasja. Dice que Nophaie se fué al Valle de las Rocas Movibles. Me dijo que no tenía que preocuparse, porque la gente de Booker no lo encontrará nunca. Me dijo también que confíase usted en el señor Halliday. Es un buen hombre, pero muy estúpido... Y si usted necesita a Nophaie, llámeme, y Nasja y yo iremos por él. No ha venido a decirle todo eso Nasja, a fin de que, como saben que es gran amigo de Nophaie, nadie sospeche que recibe usted un recado suyo.

—Gracias, niño — contestó Mariana, dichosa porque Nophaie estaba fuera del peligro.

En efecto, a salvo en las montañas que él tanto amaba, Nophaie podía reirse de sus perseguidores, pero en aquellos días en el mundo se movía una fuerza que, tarde o temprano, había de tocar, de un modo u otro, a todo mortal..

.....
Un día llegó a la mesa un enviado militar del Gobierno, el capitán Earl Ramsdell, del Ejército de los Estados Unidos: joven, valeroso y de intachable conducta.

Su primera visita fué para Halliday, y no ciertamente agradable.

—¡Qué decepción tan inesperada! ¡Es in-

comprensible! Yo mismo vi la orden en la que se le mandaba reunir tantos caballos para el Ejército como pudiese... Esperaba encontrar millares para escoger, pero no encuentro ni uno.

—Capitán, lo siento inmensamente... Se lo aseguro — disculpóse Halliday, apesarado.

Booker, que estaba con Halliday, intervino en el asunto:

—Capitán Ramsdell, no puede usted formarse una idea de lo testarudos y obstinados que son estos indios... Se negaron terminantemente a traer sus caballos, a pesar de mis súplicas.

—Yo mismo hablaré con ellos... ¡Hacen falta caballos y hay que encontrarlos!

Sin entretenerse, el capitán salió fuera y se dirigió al primer indio que le salió al paso, pero el indígena sabía apenas su lengua.

—¡Qué contrariedad!— exclamó el joven militar.

Halliday vió a Mariana y, llamándola, dijo al capitán:

—La señorita Warner hará el favor de servirnos de intérprete.

Aceptó la maestra ayudar al oficial, que la saludó con la galantería de un perfecto caballero, y pronto supo aquél lo que decía el indio al que se dirigiera y que resultaba ser el jefe de un clan.

—No quieren traer sus caballos porque la última vez que lo hicieron, dicen que el señor Booker se los quitó y no quiso darles ni una décima parte de lo que valían — comunicó Ma-



—Capitán, lo siento inmensamente... Se lo aseguro.

riana al capitán, traduciendo la declaración del indio.

Ramsdell repuso:

—Las mezquinas rencillas de la Reservación no me interesan... Lo que yo quiero son caballos... y pronto ...¿Cómo va a movilizarse el ejército sin caballos?

Mariana comprendió, y dijo:

—Capitán, hay un medio único para conseguir caballos...

—¿Cuál, señorita? Dígamelo usted, se lo suplico...

—Los indios creen y confían en un hombre... Nophaie. Si él dice que sí, los indios traerán su caballos sin demora.

El agente tomó la palabra antes que pudiera hacerlo el capitán.

—Señorita Warner — le dijo—, ¿no quiere usted hacer el favor de ver si lo encuentra? La gente de Booker hace varias semanas que lo anda buscando con la "mejor" de las intenciones.

—¿Con la mejor de las intenciones? Lo dudo mucho, señor Halliday.

—¿Eh? — murmuró Booker, que no estaba nada tranquilo.

—Nophaie sabe perfectamente que los hombres que lo andan buscando "con la mejor de las intenciones", no lo traerán nunca aquí vivo.

—Tiene formado muy mal concepto de mí, señorita. ¿Matar yo a nadie? ¡Imposible! — defendióse Booker fingiendo que no tomaba la cosa a pecho.

Una mirada de Mariana resumió para Halliday toda la maldad que encerraba el poco escrupuloso empleado, y, como alumbrado sú-

bitamente, el agente tomó una enérgica determinación, ya que no podía dudar de Mariana; y dijo a su empleado:

—Booker, es posible que haya sido un necio... Pero de ahora en adelante, si algo malo le pasa a ese indio, lo haré a usted responsable de ello.

Aquel mismo día partió Mariana hacia el Valle de las Rocas Movibles y halló, donde Nasja le indicara, a Nophaie.

La alegría del noble indio al verla en aquellos parajes fué indescriptible. Le parecía cosa de sueño tenerla otra vez tan cerca de sí, sintiéndose feliz porque ella estaba a su lado.

—Nophaie, tengo que decirte una cosa... — habló ella.

—Pendiente estoy de tus palabras, Blanca Rosa del Desierto.

—Nophaie, nuestro país está en guerra... El Gobierno necesita los caballos de los indios... Me han mandado aquí para pedirte que des orden a tus hermanos de llevárselos.

—¿El Gobierno viene a pedirme ayuda a mí, a un hombre perseguido?

—Nophaie, te han tratado injustamente... Mas los que te trataron mal fueron Booker y sus secuaces, no el Gobierno... Nophaie, este es todavía tu país y eres tan americano como cualquiera de nosotros.

—¿Americano yo?

—Sí, Nophaie... Y esta guerra es un conflicto entre la libertad y el derecho y la opresión de los pueblos. De este conflicto sangriento nacerá un nuevo orden de cosas, una nueva justicia...

—Haré lo que tú quieras...

—Gracias, Nophaie. Al venir a verte tenía ya la seguridad de que mis súplicas no serían vanas...

—Tus labios hablan siempre la verdad... y Nophaie no se aparta nunca de ella.

La noche había cerrado rápidamente, y era temerario emprender el regreso a La Mesa en la oscuridad cada vez más densa.

Mariana aceptó sin el menor recelo pasar la noche en el cobijo que había improvisado el perseguido inocente, y Nophaie, durante toda la noche, veló el sueño de la dulce amada, cual si tuviese a su lado una madre o una hermana...

*
**

En La Mesa pasaban los días y las semanas sin que apareciera ninguna señal de Nophaie ni de los caballos.

El capitán Ramsdell y Mariana se habían convertido en excelentes amigos, y era a menudo que la maestra le invitaba a su casa,

en la que pasaban horas hablando de su patria.

El capitán, aquella tarde, tuvo palabras de gratitud más expresivas que nunca para la gentil Mariana.



...y Nophaie, durante toda la noche, veló el sueño de la dulce amada...

—Ha sido para mí una gran sorpresa encontrar en el desierto una joven como usted apiadarse de un eterno malhumorado como yo.

Ella rehuyó los elogios, y le dijo:

—De día en día le veo más triste y cariacontecido... ¿Cuál es el motivo de su pesar?

—No se enfade. No quiero dudar ni un momento de su palabra, pero me temo que su indio no va a traer los caballos. ¡Y tiene tanta importancia para mí esta mi primera comisión importante en el Ejército!

Mariana miró hacia el camino que se distinguía desde su ventana y vió una inmensa nube de polvo ascender en el espacio.

—¿Qué es aquello? — dijo a Ramsdell.

—No es nada... Un rebaño de ovejas... He estado espionando estas llanuras polvorientas hasta quemarme los ojos.

Pero de pronto surgió de la línea del camino un rebaño jamás soñado de... caballos.

El capitán lanzó un grito de alegría, y el corazón de Mariana latió de felicidad.

¡Era Nophaie con los caballos! ¡Y con los caballos llegaban numerosos indios jóvenes como él!

Al alcanzar a Mariana, Nophaie, adorándola para sí solamente, pronunció con voz humilde:

—Blanca Rosá del Desierto, he traído los caballos que tú me pediste. Además, ya que somos americanos, mis hermanos y yo iremos a pelear. Míralos... Tal vez peleando y muriendo por ella, nuestra patria tratará con justicia a sus hijos.

La admiración de Mariana no tenía lími-

te. De sus ojos brotaron, cuando se recogió, lágrimas de agradecimiento...

¡Alistarse los indios para pelear por la patria! ¡Qué hermoso!

Booker era el único que no veía con buenos ojos la idea de los indígenas, y se permitió manifestar su opinión al agente.

—Señor Halliday, no me parece que sea prudente dejarlos alistar... Estos diablos van a ser causa de muchas dificultades...

Los indios que le oyeron se indignaron, y Halliday, que, buen patriota, estaba henchido de felicidad por el éxito que para la agencia representaba la adhesión de los indios, vió claramente quien era su empleado, y le contestó, con insólita energía:

—Booker, ya estoy de usted hasta el codo... ¡Hemos terminado!

—¿Qué dice usted, señor Halliday? Pero...

—Me ha estado engañando usted desde un principio... ¡Márchese de aquí!

La inesperada determinación de Halliday fué recibida con grandes muestras de júbilo por parte de blancos e indígenas, y de no desaparecer al momento de las cercanías de la agencia, la hubiera pasado muy mal el miserable a manos de los que habían sido sus víctimas.

.....

Siguieron días de gran actividad hasta que los indios recibieron orden de presentarse en un lejano campamento de instrucción.

Nophaie iba a despedirse de Mariana, pero al ver, desde la puerta de su casa, que ella estaba despidiéndose del capitán, sintió una aguda punzada en el corazón y alejóse de allí, reuniéndose con sus compañeros, obedeciendo una orden inapelable que acababa de darle un jefe, tratándole como soldado.

La despedida de Ramsdell y Mariana era, por ser ambos excelentes amigos, sentimental. Al menos la dulce maestra estaba emocionada y estrechaba cariñosamente la mano del oficial. Este, más fuerte que ella, sonreía, pero en su sonrisa había huellas de tristeza.

—Mariana, ha sido para mí un gran placer el conocerla. Quisiera poder marcharme con la seguridad de que no me olvidará nunca — dijo él.

—Earl, lo recordaré siempre... y le escribiré con frecuencia... y Dios quiera que vuelva pronto sano y salvo.

Los indios iban a partir. Tolie, el buen amigo de Nophaie, había prometido a su amada, su gentil Gekin Yasha, que volvería para ofrendarle para siempre, con la victoria, su corazón de enamorado.

Nophaie no podía con su dolor, pero, ya que su ideal era la felicidad de Mariana, re-

signábase con que él fuera olvidado y el otro, el capitán, amado.

Un momento antes de dar la orden de marcha, Mariana salió de su casita y, al ver a Nophaie preparado para partir, le llamó con insistencia.

Nophaie saltó de su caballo y se le reunió de un salto.

—Nophaie, ¿es posible que te marches sin despedirte de mí?

—Son tan dolorosos los momentos de la despedida, Blanca Rosa del Desierto...

—Toma, Nophaie... y que Dios te proteja...

Le dió una Biblia de tamaño de bolsillo

—Llevaré conmigo este libro hasta la muerte... ¡Adiós, Blanca Rosa del Desierto!

Mariana se puso a temblar. No sabía lo que le pasaba.

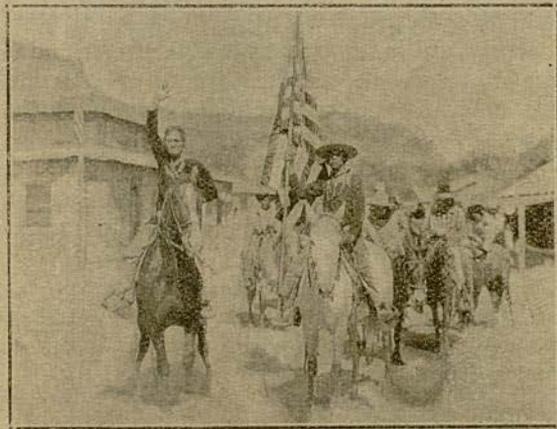
Por su parte, Nophaie, reuniéndose con sus hermanos, dióles nerviosamente la orden de marcha, como jefe suyo que era.

Mariana les vió partir, teniendo a su lado al capitán Ramsdell, y exclamó, conmovida:

—¡Patético y sublime! ¡Ir a pelear y acaso a morir por el hombre blanco!

Ramsdell marchóse poco después, pues su automóvil estaba esperándole, y al quedar sola, Mariana tuvo deseos de llorar, de llorar mucho.

Iba a regresar la suave doncella a su casa, cuando encontró, al apoyarse en la barandilla de la escalera de acceso a la vivienda, un paquete.



Por su parte, Nophaie, reuniéndose con sus hermanos, dióles nerviosamente la orden de marcha...

¿Qué era aquello? Lo desenvolvió y encontró en él unas flores... delicada ofrenda de Nophaie.

Y más emocionada todavía por el gesto del indio noble, Mariana desahogó su pena en raudal de lágrimas.

*
**

En las crónicas de la Gran Guerra se escribieron páginas sublimes y heroicas en las que intervinieron los primitivos americanos, los bravos indios.

Hubo un día en que en las riberas del Somme un grupo de infantes franceses y artilleros americanos soportaron el peso de un furioso ataque de sorpresa.

Nophaie, ascendido a sargento, hubo de conducir a sus hombres a resguardarse en un cráter abierto por los proyectiles explosivos del enemigo.

Los artilleros alemanes se colocaron en posición para barrer con sus ametralladoras el pequeño núcleo de americanos que intentaba contener su avance.

Era preciso, para sostenerse, que la artillería gruesa lo apoyase, y Nophaie, sacrificándose por los suyos, dijo:

—Allí abajo hay un oficial y un teléfono de campaña. Voy allá.

Deslizóse el heroico indio hasta la trinchera próxima, pero encontró en ella a sus ocupantes heridos o muertos y el teléfono con los cables rotos.

El oficial gemía mordiéndose el polvo. Nophaie le miró y reconoció en él al capitán Ramsdell.

¿Qué hacer?

Los lamentos del herido pronunciaron un nombre adorado:



—¡Patético y sublime! ¡Ir a pelear y acaso a morir por el hombre blanco!

—¡Mariana!... ¡Mariana!

Nophaie, acallando el dolor que le produjo la revelación que acababa de hacerle el destino, apartóse del hoyo y reptó hasta la trin-

chera donde, a buen recaudo, hallábase el cuartel general.

Le hirieron, pero no le importaba la herida, pues pudo cumplir con su misión de dar indicaciones para que la artillería dirigiese sus disparos adonde convenía el núcleo de soldados que hacía frente al enemigo.

Las órdenes fueron transmitidas sin demora, y gracias al apoyo de la artillería gruesa pudieron avanzar los franceses y los americanos, obligando a retroceder a los enemigos.

Agotadas sus fuerzas, Nophaie desmayóse; mas, de pronto, recordando que el capitán Ramsdell se estaba muriendo en su trinchera, reaccionó y lanzóse, desafiando a la muerte, a salvarle.

Quiso la Providencia que el sublime indio lograra su propósito, y a él debió también su vida el valeroso capitán que tan grabada en su mente y en su corazón llevaba a Mariana.

La ola de la guerra avanzó arrolladora durante varios meses de horribles sacrificios... Por fin se impuso una tregua en las hostilidades — el Armisticio y la Paz—. La multitud frenética aplaudió a los soldados que regresaban.

Al cabo de unos meses de interminable repatriación, entre los supervivientes del magno conflicto, los indios regresaron a su tierra nativa.

Entre los que regresaban figuraban Nophaie y Tolie, éste, como casi todos los demás, herido.

Nophaie dijo a sus hermanos:

—Vamos a presentarnos al señor Halliday para que sepa que hemos regresado.

Todos le siguieron, y su sorpresa fué inmensa al encontrar en el puesto de Halliday a Booker, quien, con la más hábil hipocresía, les dijo:

—Si queréis algo tenéis que pedírmelo a mí... Ahora soy yo el agente de la Reservación.

Nophaie no pudo reprimir un gesto de contrariedad, y Booker, fingiendo no haber visto nada, continuó:

—El señor Halliday demostró ser completamente inepto para este puesto.

Retrocedieron los indios, para alejarse lo antes posible del déspota que tanto mal les había hecho siempre, y Booker, deteniendo a Nophaie, soplóle socarronamente:

—Amigo mío, supongo que le interesará saber que la maestrita se ha casado con el capitán Ramsdell... en Wáshington.

Esta noticia fué como un latigazo para el corazón del indio. Mas... ¿qué podía hacer él, si ella, la "Blanca Rosa del Desierto" adorada, lo había querido así?

Los indios siguieron recorriendo los luga-

res queridos, y en todas partes recibieron desengaños. ¡Booker, al ser nombrado agente, había abusado de su autoridad y los mejores terrenos eran suyos!

Y empezó una nueva guerra para los abnegados indígenas, una guerra sorda, más terrible que la otra.

Los familiares de los que partieron a guerrear por la gloriosa bandera habían sido expulsados del pueblo, y huyeron lejos, hacia el desierto, a través de candentes arenas.

La desesperación se apoderó de los exaltados cerebros de los que se sacrificaron para que, a sus espaldas, les robasen lo más caro, y el monstruo de la venganza asomaba ya su espantosa cabeza.

Para colmo de indignación, Tolie enteróse de la muerte de su novia, la fiel Gekin Yasha, a quien Booker se llevó a trabajar a su casa para volver al poco para morir con el nombre del amado en sus labios.

¡Venganza! ¡Venganza!

En aquel momento Nophaie sintió que todas las enseñanzas recibidas de la raza blanca huían de su mente... Olvidado, burlado, presa de la mayor desesperación, corrió a buscar consuelo en el santuario en donde durante siglos y siglos sus antepasados imploraron a sus dioses; y ejecutó rituales vagamente recordados, aprendidos en el regazo ma-

terno... Rumoreó varias plegarias; mas, de una manera repentina, la simple fe de sus padres le pareció una locura. Y pensó en Mariana... y en Belén... Y clamó, mirando al Cielo:

—¡Oh, Dios, ayuda a mi pueblo!

En tanto, ora un clan, ora otro, los indios iban congregándose en el mismo lugar donde hacía siglos la tribu celebrara sus consejos, y de todas las gargantas salía la voz de venganza.

.....
Aquella tarde, Mariana regresó de Washington.

Al verla, Booker, crecido su orgullo por su ascenso a agente, acudió a saludarla.

—¡Qué sorpresa más agradable, señorita Warner! Digo, ¿será preciso que diga señora Ramsdell?

—No es preciso. Además, el capitán Ramsdell estará aquí mañana para contestar todas las preguntas que quiera hacerle.

—¡Ah!

Los indios, decididos a vengarse, hicieron las seculares señales guerreras de la tribu.

Nophaie, alarmado, fué al encuentro del grupo de hermanos que pelearon con él en Francia como bravos, y les preguntó qué iban a hacer.

—¡Vamos a matar a Booker!... ¡Y a quemar el pueblo! — contestó Tolie.

—¡No hagáis tal cosa! — gritóles, aterrado, Nophaie—. ¿No comprendéis que sería peor para nosotros?

—¡Venganza! ¡Venganza! — gritaron los demás, a coro.

Y se alejaron los que, por el mal que les habían hecho, querían castigar matando sin piedad.

Pensando en el peligro que corrían las vidas de los blancos, Nophaie fué a avisar a todos los del pueblo para que se guarecieran en un fortín, esperando los acontecimientos, persuadido como estaba de que lograría convencer a sus hermanos de desistir de su locura de matanza general.

Booker y Mariana también, como todos, tuvieron que refugiarse en el fortín de piedra, y en él fué donde Nophaie y la maestra volvieron a encontrarse.

—¡Nophaie! — exclamó Mariana al reconocer a su noble amigo.

—¡Blanca Rosa del Desierto! — gritó a su vez el indio, yendo hacia ella como para estrecharla contra su corazón. Pero instintivamente miró las manos de ella buscando el anillo nupcial, y le dijo Mariana, comprendiendo:

—Nophaie, no me he casado... He venido a verte para darte una espléndida noticia...

—¿Qué noticia...?

—¡Que se espere la noticia!... Lo que más me interesa es saber que estás bien... y que no me has olvidado...

—¿Olvidarte yo, Blanca Rosa del Desier-



—*¡No hagáis tal cosa! ¿No comprendéis que sería peor para nosotros?*

to? He llevado tu recuerdo, este libro sagrado, por todas partes. En un mundo de tinieblas tu recuerdo era mi única luz... Mas un día me pareció que volvías el rostro de mí.

—No... no... Cuando te alejabas a caballo en la soledad del desierto, entonces compren-

dí que los días de tu ausencia serían muy largos.

De pronto se oyó llegar a los indios, y los blancos que ocupaban el fortín se alarmaron.

Booker, apareciendo con uno de sus secuaces, que mandó a la guerra a otros en su lugar, mostró a todos una ametralladora y dijo:

—¡Basta de chillar!... ¡No tengan miedo!... Con esta ametralladora los vamos a segar como espigas de trigo... Nos vamos a instalar arriba.

Nophaie cerró el paso a los cobardes, y gritó, fuera de sí:

—¡No haréis tal cosa! ¡Sería un crimen tratar así a la gente!

—Aparta. ¿Qué has de decir tú, si eres como ellos? — respondió Booker empujándole para pasar.

—¡Por favor! ¡Yo les diré que se retiren! ¡Lo juro!... ¡Y ellos atenderán mis razones! — insistió Nophaie.

Pero Booker, dándole un golpe en la cabeza, venció al indio y fué a instalarse en la parte alta del fortín para matar a los indios impunemente.

Mariana, con verdadero amor de novia, hizo retornar a Nophaie, en tanto que los indios, descubriendo a Booker y su secuaz en el desván del fortín, dispararon sobre ellos y los alcanzaron tan certeramente, que su vida

acabó al horadar sus pechos cobardes las justicieras balas.

Al recobrase, Nophaie gritó, haciendo suspender el tiroteo de los blancos contra los indios:

—¡Basta de matar! ¡Yo les hablaré!

—Nophaie, por favor, no vayas — suplicó Mariana temiendo por su vida.

—Son mis hermanos... No me harán mal ninguno — respondió Nophaie.

Y salió del fortín, y colocándose en el centro del camino, agitó los brazos en señal de paz.

Pero una bala se incrustó en su pecho antes de que cesase el tiroteo de los indios, y un grito de horror salió de todos los corazonas.

Nophaie cayó al suelo. Abrióse bruscamente la puerta del fortín y apareció Mariana y tras ella Wilson y los demás.

Mariana acercóse al herido, y los indios la imitaron, respetando, deteniéndose a cierta distancia, la sentimental escena que se desarrollaba a sus ojos.

—¡Nophaie! ¡Nophaie! — gimió Mariana, acariciando al abnegado indio.

Nophaie sonrió, y al ver a sus hermanos, llamó a los más íntimos:

—Acércate a mí, Do Etín... y tú, Maaha-

sonie... y tú... Shoie... "Aguas Rugientes"...
Tolie... jefes de todos los clanes...



Abrióse bruscamente la puerta del fortín y apareció Mariana...

Los mentados se acercaron, llorando, y Nophaie, cada vez más imperceptiblemente, murmuró:

—Se pone oscuro... muy oscuro... Pero

por entre... un negro velo... parece que veo a mi gente... volver a... sus hogares...

Uno de los viejos jefes indios dijo a los demás:

—Nophaie se está muriendo... y el mori-



—¡Nophaie! ¡Nophaie!

bundo habla palabras de verdad...

Nophaie miró a Mariana, que lloraba muy junto a su rostro, y le dijo:

—Léeme de tu libro... Blanca Rosa del Desierto... aquellas dos frases... cuyo significado... un día te pedí.

Mariana obedeció, y rodeada del mayor silencio leyó:

El que encuentre su vida la perderá; mas aquel que la pierda por mí volverá a hallarla.

El que te reciba a ti me recibirá a mí, y el que me reciba a mí recibirá a Aquel que me envió.

Tratando de incorporarse, Nophaie rumoreó, entregado a una inefable visión:

—Ahora... creo... que... comprendo...

Luego cerró los ojos, sus labios sonrieron, y Mariana lloró la muerte de un santo...

... ..
Al día siguiente, el capitán Ramsdell regresó a La Mesa, y ante los jefes indios y los blancos del lugar, comunicó a todos una interesante noticia:

—Enterado de todo lo que había pasado aquí, he conseguido que el Gobierno enmiende los errores cometidos por gente sin la menor noción de humanidad, y como un favor especial pedí que se me permitiese traer una importante orden... Llego tarde para deponer a Booker, pero a tiempo para nombrar un nuevo agente: Bart Wilson, a quien todos conocéis y respetáis.

El nombramiento fué recibido con calurosos aplausos y felicitaciones, y una nueva era

de felicidad parecía nacer para los maltratados indios...

Pero aquella alegría fué velada por el fúnebre cortejo del sepelio de Nophaie, el mártir, el santo...

El camino fué regado de lágrimas, y Mariana, desde el pie de su casita, presenció el triste desfile con una congoja infinita de la que no sabía si lograría consolarse...

A su lado estaba el capitán Ramsdell murmurando palabras de aliento... y tal vez el muerto, viéndoles, desde Arriba, tan cerca el uno del otro, sonreía protegiendo su felicidad...

FIN

PRÓXIMO NÚMERO:

la preciosa novela

Mujeres que mienten

Creación de los célebres artistas
CLARA KIMBALL, MADGE KENNEDY, etc.

ASUNTO DE GRAN INTERÉS

Postal-fotografía-regalo: RÉGINE DUMIEN

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

sale todos los miércoles Precio: 25 cénts.

¡SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS!

COLECCIONE USTED

los lujosos libros de las selectas

EDICIONES ESPECIALES

DE

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA

La Viuda Alegre, por Mae Murray y John Gilbert.—*El Gran Desfile*, por John Gilbert y Renée Adorée.—*Miguel Strogoff* o *El Correo del Zar*, por Ivan Mosjoukine y Natalia Kovanko.—*La Princesa que supo amar*, por Huguette Dufflos y Charles de Roche.—*El Coche* núm. 13, por Lili Damita.

EN PREPARACIÓN:

MARE NOSTRUM

(de V. BLASCO IBAÑEZ)

Creación de Alice Terry y Antonio Moreno

Nantás, el hombre que se vendió

por Luccienne Legrand y Donatien.

SIN FAMILIA

por Leslie Shaw (de «Los dos Pilettes»).

¡SIEMPRE LO MAS GRANDE!

La Novela de una Noche

(por Constance Talmadge y Ronald Colman)
es el título de la última novela publicada en la

BIBLIOTECA

Los Grandes Films

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

El próximo número será la grandiosa novela

MONTE CARLO

por Lew Cody y Gertrude Olmstead

Sea usted coleccionista de *Los Grandes Films*

¡SIEMPRE ASUNTOS ESCOGIDOS!